

Durante muchos siglos han convivido dos géneros de arquitectura. Uno sofisticado, realizado por arquitectos profesionales y destinado a las clases privilegiadas. Otro espontáneo, producto directo de todos y para todos, será difícil saber cual de las dos ha llegado más arriba.

La arquitectura popular no pretende el aplauso, ni la originalidad ni el dinero, ni el dogmatismo. Busca la propia expresión de la persona, por eso es variada, cálida, humana y sobre todo, arte.

Nuestra época, época de crisis, nos lleva a la desaparición de este arte popular, que no se aprende en los libros, sino en la fina sensibilidad de los humildes, ni se explica en las escuelas, que lo enseña el contacto directo con la vida, porque no es una ciencia, es una manera de sentir eminentemente existencial.

Después de muchos años de indiferencia hacia la Arquitectura Popular, existen numerosos síntomas recientes para que podamos suponer que esa indiferencia ha terminado. Los variados volúmenes publicados en los últimos meses son buena muestra de ello. Y es muy sintomático que sean, principalmente, los arquitectos los que han emprendido ese estudio valorativo y divulgador. Viene a ser algo así como un arrepentimiento y un propósito de enmienda.

Todas las profesiones deforman, precisamente porque forman, y cada profesional tiene defectos más o menos acusados que se derivan del ejercicio del trabajo para el que se ha formado técnicamente. Uno de los más graves defectos de la profesión del arquitecto es la soberbia, el pensar que con el encargo que le llega tiene que dar el "dó de pecho", que está obligado a hacer "su obra" sin tener para nada en cuenta las otras arquitecturas que han ido surgiendo en el entorno, a la izquierda y a la derecha, delante y atrás. Así van resultando de horribles e inhabitables la mayoría de nuestras grandes ciudades, con sus muestrarios arquitectónicos pensados para deslumbrar, en el mejor de los casos.

En la Arquitectura popular no existe esa soberbia, tal vez por la escasez de medios

económicos. Y sin necesidad de ordenanzas municipales, ni de limitaciones de alturas, todos los habitantes de un pequeño pueblo toman conciencia de lo contenido que ese pueblo debe ser. Surgen las localidades naturalmente bellas, proporcionadas, como armoniosos organismos vivos, en los que una aceptada libremente contención no excluye la diversidad de soluciones, ni la sorpresa dentro de unas tipificaciones constructivas.

Ante el interés que los arquitectos profesionales están demostrando por la Arquitectura Popular cabe preguntarse si estos estudios recientes no equivalen a una toma de conciencia de que ya es hora de olvidarse de las soberbias y aceptar la lección de humildad que la Arquitectura Popular nos brinda desde tantos aspectos. Así queremos interpretarlo y así desearíamos que fuese, para bien de todos.

La crisis de la Arquitectura y por ende de sus profesionales es evidente, dolorosamente evidente y aunque en distinto grado de intensidad, lo es en todos los niveles: tanto de enseñanza, como de concepción ideológica, como en la materialización de sus obras.

Conceptos como Creatividad, imaginación, ideación se encuentran en potente alza dentro de la cotización de los valores culturales que actualmente se manejan.

La Unión Internacional de Arquitectos se dispone a celebrar en Mayo su doceavo Congreso Mundial bajo el lema Creatividad arquitectónica-Ideación+tecnología.

El Consejo de Europa ha puesto a 1975 bajo el lema preciso de "año europeo del patrimonio arquitectónico".

El tema de la Arquitectura Popular ha adquirido últimamente, al menos en nuestro país, un interés relevante.

Los hechos expuestos admiten muchos enfoques en los que quedan unidos por idénticas razones de ser, de ellas queremos destacar, en el apretado escorzo a que el espacio obliga, aquellas que a su vez los unen, —todo lo forzosamente que el lector decida— al tema contenido en este número extraordinario de "Arquitectura", lo que

aún en el peor de los casos, justificaría sobradamente su aparición.

Tales razones de ser creemos se aglutinan en el hecho de la generalización y concentración sufrida por el fenómeno arquitectónico y fundamentalmente —por su peso cuantitativo— del diseño de viviendas, que ha traído como consecuencia.

- Progresiva generalización del control arquitectónico a manos de arquitectos titulados.
- Aumento por tanto de la necesidad de “formación” de dichos titulados forzada y comprimida en el espacio y en el tiempo.
- Racionalización de la enseñanza para lograr una mayor “productividad” del proceso, en detrimento de los criterios de valor basados en la experiencia directa, o en las ideas provenientes de la intuición, que ha llevado a un exacerbado desarraigo vital de los conocimientos adquiridos y de la propia realidad.
- Progresiva toma de conciencia de que el talante y métodos de actuación del arquitecto clásico dedicado al diseño de la obra singular arquetípica, no eran idóneos, para la obra anónima dirigida al consumo de las masas. Por contrapunto no ha sido aún claramente sustituido por otro modelo a pesar de los esfuerzos hechos en tal sentido.
- Impotencia del profesional que siendo consciente del hecho de que la arquitectura anónima, la arquitectura popular no sólo se ha bastado así misma, sino que ha sido capaz de hacerlo con enorme fuerza vital, con imaginación y vigor creativo y posibilitada de adaptación y evolución al medio; no logra sustituir dicho proceso, agravado además por que su actuación es más incisiva y concentrada en el tiempo.

De ahí que el tema de la arquitectura popular esté plenamente presente desde esta perspectiva, en los hechos que exponíamos al principio, cuando tal tema no se aborda por un mero regusto rousseaniana o retomado con afán culturalista o tomado simplemente como tema amable por el apoyo expresivo de sus imágenes.

Ofrecemos pues el presente número como una aportación de carácter abierto a tales problemas. Que cada cual tome el dato o la enseñanza que le sugiera.

Mario Gomez-Morán
Juan Ramirez de Lucas
Juan José Torrenova